

Ismael Fernández de la Cuesta: presencia y memoria

Tomás Marco

CONOCÍ A ISMAEL Fernández de la Cuesta cuando aún era director del Coro de Monjes de la abadía benedictina de Santo Domingo de Silos y esa amistad no se ha desvanecido nunca a través de múltiples encuentros, de su labor en el Conservatorio Superior de Música de Madrid y luego, desde su ingreso en 1999, en los trabajos comunes en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Y a través de esa amistad y de su labor musical y musicológica he podido descubrir al hombre y al músico, si es que ambas cualidades pueden disociarse.

Ismael tiene una energía vital que resulta contagiosa. Es capaz de trabajar con tesón en diversos frentes a la vez sin que ello parezca costar esfuerzo alguno aunque sepamos que un trabajo tan intenso y bien hecho puede ser agotador. Ismael es además un verdadero sabio, precisamente el que conoce a fondo las cosas, domina sus complejidades y parece hacerlas fáciles y fascinar e interesar al más alejado de su materia. Sus investigaciones en el campo de la música gregoriana no tienen parangón en toda España y muy pocos referentes fuera que se le puedan comparar. Pero su campo de inquietudes es mucho más amplio incluso como especialista pues sería impropio tratarlo sólo como un gregorianista, es más exactamente un medievalista y sus trabajos en otros campos fuera del gregoriano, como los trovadores, por ejemplo, son una brillante prueba de ello. Pero me consta que su interés es todo el campo de la música y que con el mismo entusiasmo sigue el

trabajo de los compositores actuales o los frutos que la música ha ofrecido a lo largo de toda su historia.

Como persona culta y curiosa, la atención de Ismael Fernández de la Cuesta no se detiene en su propio campo de investigación ni en el arte musical en general. Es alguien interesado por todo lo que le rodea y por los productos de la imaginación y el pensamiento humano, un lector constante, un transeúnte de mirada atenta por la variedad de un mundo contradictorio que también resulta apasionante. A veces me lo imagino como responsable de una gran biblioteca medieval, pero esa biblioteca enseguida empieza a expandirse en todas las direcciones, a enriquecerse, a interactuar con la personalidad variada y atractiva del propio Ismael.

El profesor Fernández de la Cuesta no ha suplantado las recias cualidades humanas del recio burgalés que es Ismael, un castellano sobrio, trabajador e inteligente con todas las virtudes de una raza antigua y austera en la que la sinceridad, el esfuerzo y el afecto encuentran sus lugares verdaderos. Por eso, la amistad de este hombre resulta un tesoro ya que siempre será auténtica y profunda. Muchas veces, la admiración hacia alguien por su capacidad creativa y profesional puede ser distinta de la consideración humana de la persona. En este caso, ambas van juntas pues el estudioso y el investigador no pueden disociarse del hombre cabal. Es así como Ismael Fernández de la Cuesta ha sabido vivir en su trabajo y trabajar en su vida, comprendiendo que un trabajo

creativo y bien hecho sólo puede ser auténtico si se enraíza en un ser humano completo con un igual atractivo. Y es así como tendrá —Ismael lo tiene— el reconocimiento de sus amigos, la admiración de sus alumnos y el aprecio de una comunidad intelectual que sabe apreciar su trabajo, un trabajo que a lo mejor no tiene el brillo mediático que otras banali-

dades bien alabadas en nuestra desquiciada sociedad pero que es fundamental precisamente para que no se desquicie del todo. Personas como Ismael son siempre muy necesarias y hay que agradecerle que exista, que sea como es, que haga lo que hace y, sobre todo, que sea nuestro-amigo.